

Preludio

Vaya, existió un hombre; lo llamaremos Yefim.

No tenía un nombre pulcro y apropiado, de esos que ostentaban los nobles y los burgueses, ningún nombre de pila que le fuera exclusivo y solo a él perteneciera. Era un campesino, un *muzhik*; su padre había buscado el nombre en un calendario viejo, amarillento y desgarrado. «Se llamará Yefim», dijo el padre con fastidio y mal humor, pues deletrear el almanaque le había resultado extenuante.

«De acuerdo», dijo el pope y consignó el nombre en el registro eclesiástico.

«Bien», dijo el comisario y lo anotó más tarde en su pasaporte, el cual Yefim portaba consigo de manera reglamentaria.

No, no, nadie podía reprocharle nada. Quizás viniera alguien, un gendarme o parecido, a atribuirle algo malo o ilegal. De inmediato, él sacaría su pasaporte grasiento de la chaqueta de lana verde, haciendo caer al suelo hojas de tabaco y caramelos de frambuesa, pegajosos y rosados. «Mire, Su Señoría, todo en orden, ¿verdad?», y guiñaría sus astutos ojos de hurón, mientras su pajiza barba gris-verde se erizaría como la cola de un gato irritado.

Nadie podía hacerle daño. Ningún gendarme, ningún policía... ni siquiera el mismísimo zar.

Si el zar pasara por el camino y lo interpelase: «¡Eh, tú, *muzhik*, ¿cómo te llamas?!», él no tendría por qué temblar. No necesitaría mover ni una pestaña. Le mostraría el pasaporte al zar con una ligera reverencia, a lo caballero:

«Aquí tiene, Padrecito, todo en orden. Mi nombre es Yefim Alexandróvich, nacido aquí y allá, en tal fecha. Le ruego que lo compruebe». Y el zar saludaría militarmente y pediría disculpas: «Disculpe la molestia, mi querido Yefim Alexandróvich», se haría a un lado y le despejaría el paso. Entonces Yefim caminaría con franqueza y aplomo.

Resoplaba un poco, pues padecía de *corazón graso* y asma. Pero aquello ya se le pasaría con el saludable clima siberiano. A pesar de sus pies hinchados, saltó ligero como un pájaro a un vagón de la línea férrea San Petersburgo-Tiumeni.

Sus astutos ojos de hurón guiñaron con intención a su compañera de asiento, una joven campesina de la gobernación de Tobolsk. Tenían siete horas de viaje juntos —je, je— y en ese lapso muchas cosas podían suceder: entablar una amistad, ya fuera para toda la vida o para lo que se considerase como tal; quizás incluso le cayera algo de amor a él, Yefim Alexandróvich, de treinta y tres años, bastante robusto y, a excepción de algunos dientes caria- dos, en espléndida forma, de profesión mozo de postas, mozo de postas imperial ruso, trasladado a Pokróvskoye, situado en el río Tobol, en la gobernación de Tobolsk.

Pero Yefim Alexandróvich estaba agotado por el largo viaje. Se durmió, soñó con un semental negro de hierro y una yegua plateada y, cuando despertó, la campesina había desaparecido y un soldado con un rostro parecido a un tomate estaba sentado frente a él. Sus ojos eran totalmente invisibles. Peroapestaba por la boca a sopa de cebolla y a vodka de mala calidad.

Yefim Alexandróvich sintió apetito y retiró el papel de periódico de media morcilla y un buen trozo de pan

de centeno. Había tenido que empaquetarlo él mismo. Yefim Alexandróvich estaba completamente solo en el mundo. No tenía madre, ni padre, ni esposa, solo un tío viejo y con problemas de audición en Nizhni Nóvgorod, con el que no se podía hacer nada de provecho.

Una lágrima cayó en la barba gris-verde de Yefim Alexandróvich.

El soldado exhibía, de pronto, quién sabe de dónde, unos ojos que parecían pequeñas dianas.

«¿Se te ha muerto alguien, al parecer? Venga, consuélate. Muerto es muerto. Los de nuestro oficio podemos morir a diario. Soy un guerrero y este es un oficio duro. Que Dios proteja al zar».

«Que lo proteja», contestó Yefim Alexandróvich, quitándose la gorra.

Se extrañó de que el soldado hubiera dicho *guerrero*. ¡Qué palabra tan pomposa para una ocupación tan humilde! ¡Guerrero! Entonces, él debería llamarse *Consejero de Postas* o *Guardián de Caballos*, je, je. Pero luego comenzó a relatarle al soldado, con gran profusión de detalles, la pérdida que había sufrido en su parentela más cercana. Se enredó de tal modo en su mentira que terminó creyendo en la veracidad de su propio embuste. «¿Conoce, Su Señoría Suboficial, San Petersburgo?».

No, no lo conocía. En cambio, sí, le eran familiares Moscú, Riga, Lodz, Varsovia...

«Ya está bien», lo interrumpió Yefim Alexandróvich con brusquedad, «tengo que contar mi historia. ¿Acaso murió tu sobrina Feodórovna o la mía? ¿Feodórovna, aquella niña de Dios con cabello rubio como el trigo, bella como un ángel? A la tierna edad de catorce años, en la